



bambú

«Una de las novelas más
célebres de la historia
de la literatura húngara.»
The New York Times

*Los muchachos
de la calle Pál*
Ferenc
Molnár

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *A Pál utcai fiúk*

© del texto, Ferenc Molnár, 1907
© de la traducción, Adan Kovacsics, 2011
© de la ilustración de cubierta,
Marc Torrent, 2011
© de esta edición, Editorial Casals, S.A., 2011
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Coordinación de la colección:
Jordi Martín Lloret
Diseño de la colección:
Nora Grosse, Enric Jardí

Primera edición: septiembre de 2011
ISBN: 978-84-8343-150-4
Depósito legal: M-26809-2011
Printed in Spain
Impreso en Edigrafos, S.A.
Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser
realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase
a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Capítulo 1	9
Capítulo 2	23
Capítulo 3	39
Capítulo 4	67
Capítulo 5	91
Capítulo 6	105
Capítulo 7	131
Capítulo 8	147
Capítulo 9	183
Capítulo 10	189

Capítulo 1

A la una menos cuarto se encendía por fin, con gran dificultad, una maravillosa franja color esmeralda en el mechero de Bunsen depositado sobre la cátedra del aula de ciencias naturales; así premiaba la tensa espera después de varios intentos largos e infructuosos y señalaba, por tanto, que el compuesto químico que había de proporcionar un color verde a la llama, según el profesor, efectivamente la había coloreado; y exactamente en ese instante triunfal, a la una menos cuarto, repito, empezó a sonar un organillo en el patio de la casa vecina y acabó de golpe con toda la seriedad que reinaba en la clase. Las ventanas, abiertas de par en par en aquel caluroso día de marzo, dejaron entrar la música sobre las alas de la agradable brisa primaveral. Era una alegre melodía húngara que sonaba como una marcha en el organillo y lo hacía con tanto garbo y vigor que a toda la clase le entraron ganas de sonreír, y más de uno, de hecho, se sonrió. La franja verde en el mechero de Bunsen titilaba con regocijo, y algunos muchachos sentados en la primera fila la contemplaban aún con cierto interés. Los demás, en cambio, miraban por la ventana, que permitía ver los tejados de las

casitas vecinas y a lo lejos, bañada por el dorado sol del mediodía, la torre de la iglesia en cuyo reloj las agujas avanzaban, para alivio de todos, rumbo a la hora de marcharse. Mientras miraban por la ventana, otros sonidos iban irrumpiendo en el aula, además de aquellos tonos. Los cocheros hacían sonar las bocinas de sus vehículos, y una criada cantaba en un patio una canción que no guardaba semejanza alguna con la música del organillo. Toda la clase empezó a dar muestras de inquietud. Algunos comenzaban a hurgar entre los libros; los más ordenados limpiaban ya sus plumas; Boka cerraba su pequeño tintero revestido de piel de color rojo y provisto de un mecanismo sumamente ingenioso, de tal manera que nunca se le escapaba la tinta salvo cuando lo guardaba en el bolsillo; Csele recogía las hojas que en su caso sustituían los libros, porque Csele era un dandi y no llevaba la biblioteca entera bajo el brazo como los demás, sino que únicamente solía traer las páginas necesarias, que arrancaba de los volúmenes y repartía con esmero entre sus bolsillos, tanto los exteriores como los interiores; Csónakos bostezaba en la fila de atrás como un hipopótamo que se aburre; Weisz le daba la vuelta a su bolsillo y derramaba las migas que quedaban del cruasán que había ido picando durante la mañana a partir de las diez; Geréb se ponía a mover los pies bajo el pupitre como alguien a punto ya de levantarse; y Barabás abría con descaro el bolso de lona sobre las rodillas, colocaba allí los libros según su tamaño y luego lo cerraba tirando de la correa de cuero con tal fuerza que hasta el pupitre crujía y él mismo se sonrojaba. En una palabra, todo el mundo se preparaba ya para marcharse. Sólo el profesor no se percató de que faltaban cinco minutos para terminar porque paseó la suave mirada por encima de ese montón de cabezas adolescentes y preguntó:

—¿Qué pasa?

Se produjo un enorme silencio. Un silencio de muerte. Barabás se vio obligado a soltar la correa, Geréb escondió los pies bajo el pupitre, Weisz le dio otra vez la vuelta al bolsillo, Csónakos se tapó la boca con la mano, Csele dejó las «hojas» en paz y Boka guardó rápidamente en el bolsillo el tintero rojo que, al percibir dónde estaba, comenzó a soltar poco a poco el hermoso antraceno azul.

—¿Qué pasa? —repitió el señor maestro, y para entonces todos permanecían ya quietos en sus asientos. Miró entonces a la ventana, por la que entraba alegre la melodía del organillo, el cual daba a entender así que no estaba sometido a la disciplina del profesor. Pero este lanzó una severa mirada también hacia el organillo y dijo:

—Csengey, ¡cierra la ventana!

Csengey, el pequeño Csengey, el «primero de la clase», se levantó y se dirigió con su expresión seria y rigurosa a la ventana para cerrarla.

En ese momento, Csónakos, sentado en el borde de la fila, se inclinó hacia un lado y susurró a un muchacho rubio:

—Ojo, Nemeček.

Nemeček miró disimuladamente hacia atrás y dirigió después la vista hacia el suelo. Una bolita de papel llegó rodando hacia él. La recogió y la desplegó. En una de las caras de la hoja ponía lo siguiente:

«Pásalo a Boka.»

Nemeček sabía que era sólo el encabezamiento y que la carta en sí, el verdadero contenido, se hallaba en la otra cara. Nemeček, sin embargo, era un caballero respetuoso y no quería leer una carta dirigida a otro. Por tanto, volvió a hacer una

bola, esperó el momento oportuno, se inclinó hacia el pasillo entre las dos hileras de pupitres y susurró:

—Cuidado, Boka.

Entonces Boka miró al suelo, el medio más adecuado para los mensajes. Y, efectivamente, llegó rodando la pequeña bola de papel. La otra cara, es decir, aquella que el rubio Nemeček no había leído por honestidad y respeto, ponía lo siguiente:

«Esta tarde reunión a las tres.

Elección de presidente en el terreno. Anunciar.»

Boka guardó el papelito en el bolsillo y dio un último tirón a la correa que sujetaba sus libros. Era la una. Empezó a sonar el timbre eléctrico, y hasta el señor profesor se dio cuenta de que había acabado la clase. Apagó el mechero de Bunsen, señaló los deberes para el día siguiente y se dirigió al laboratorio de ciencias naturales, donde se perdió entre los objetos de su colección, donde los pájaros disecados amontonados en los estantes miraban hacia fuera con estúpidos ojos de cristal cada vez que se abría la puerta y donde permanecía en un rincón, en silencio pero con suma dignidad, el misterio de los misterios, el horror de los horrores: un esqueleto humano amarillecido por el tiempo.

La clase no tardó ni un minuto en salir del aula. Se produjeron salvajes carreras en la gran escalera flanqueada por columnas, que sólo se suavizaban y se convertían en mera prisa cuando la alta figura de un profesor se mezclaba entre los bulliciosos muchachos. Entonces se frenaban los corredores y reinaba por un momento el silencio, pero tan pronto como el maestro desaparecía en una curva, empezaba de nuevo la carrera hacia abajo.

La puerta de salida escupía esa gran cantidad de muchachos. Una mitad se encaminaba hacia la derecha, la otra hacia la izquierda. Y entre ellos aparecían también los profesores, y enton-

ces las pequeñas gorras bajaban volando de las cabezas. Y todos echaban a andar cansados y hambrientos en la calle radiante por el sol. Un ligero aturdimiento se había adueñado de sus mentes, que poco a poco iban absorbiendo las alegres y vitales escenas que ofrecía la ciudad. Parecían pequeños prisioneros liberados que se tambaleaban por esa plétora de aire y de sol, que se adentraban en la ciudad ruidosa, ágil y movida, la cual no era para ellos más que una confusa mezcla de coches, tranvías tirados por caballos, calles y tiendas por la que había que encontrar el camino a casa.

Csele estaba negociando en secreto el precio del *halvá* en un portal vecino. Resulta que el vendedor había aumentado de forma descarada los precios. Como es sabido, el *halvá* cuesta un céntimo en todo el mundo. Esto quiere decir que el vendedor coge su hachita y le da un golpe a la masa blanca rellena de avellanas, y el resultante de ese corte vale un céntimo. De hecho, todo lo que se vendía en aquel portal valía un céntimo, pues esa era la unidad. Un céntimo valían las tres ciruelas espetadas en un palito, los tres medios higos, las tres ciruelas pasas, las tres medias nueces, todo bañado en caramelo. Y un céntimo costaba también un trozo grande de regaliz, al igual que el azúcar cande. Es más, un céntimo valía igualmente el llamado postre de músico, envasado en minúsculas bolsitas, una mezcla sabrosísima de avellanas, uvas pasas, trocitos de azúcar, almendras, basura de la calle, relleno de pastel de alcaravea y moscas. Por un solo céntimo, ese «postre» abarcaba numerosos productos de la industria, así como del mundo vegetal y animal.

Csele regateaba, lo cual quería decir que el vendedor había aumentado los precios. Los expertos en las leyes comerciales saben que los precios aumentan cuando el negocio implica un riesgo. Son caros, por ejemplo, los tés asiáticos transportados

en caravanas a través de territorios infestados por bandidos. Nosotros, los europeos occidentales, tenemos que pagar por los peligros que ello conlleva. El vendedor de *halvá* tenía desde luego una mente muy comercial, porque al pobre querían expulsarlo de las proximidades de la escuela. Su pobre cabeza sabía perfectamente que, si lo expulsaban, no tendría más remedio que marcharse y que, por mucho que sonriera a los profesores que pasaban delante, no podía evitar que lo consideraran el enemigo de la juventud, a pesar de todos sus dulces.

—Los muchachos se gastan todo el dinero en el puesto de ese italiano —decían. Y el italiano intuía que a su negocio no le quedaba mucho tiempo al lado del instituto de bachillerato. Conclusión: aumentaba los precios. Ya que tenía que irse, al menos prefería ganar algo. Es lo que dijo a Csele:

—Antes todo valía un céntimo. A partir de ahora todo vale dos.

Mientras soltaba estas palabras chapurreadas en húngaro, gesticulaba ferozmente con su hachita. Geréb susurró al oído de Csele:

—Tira tu sombrero entre los dulces.

A Csele le encantó la idea. ¡Sería una maravilla! ¡Cómo volarían los dulces a diestro y siniestro! ¡Y cómo se divertirían los muchachos!

Geréb, como el diablo, le susurraba al oído las palabras de la tentación:

—¡Tírale el sombrero! Es un usurero.

Csele se quitó el sombrero.

—¿Este hermoso sombrero? —preguntó.

El asunto iba mal encaminado. Geréb se había equivocado de persona para su hermosa propuesta. Porque Csele era un dandi y sólo llevaba las hojas de los libros a clase.

—¿Te da pena? —preguntó Geréb.

—Pues sí, me da pena —respondió Csele—. Pero no creas que soy un cobarde. No soy un cobarde, pero me da pena el sombrero. Y hasta puedo demostrártelo porque, si quieres, le tiro encantado el tuyo.

No se podía decir algo así a Geréb. Era casi una ofensa. Se puso hecho un basilisco. Y dijo:

—Mira, mi sombrero ya lo tiro yo. Este hombre es un usurero. Así que, si te da miedo, vete.

Y con un gesto que en su caso significaba belicosidad se quitó el sombrero, dispuesto a arrojarlo sobre el tablero lleno de golosinas sostenido por unos caballetes.

Alguien, sin embargo, le agarró la mano por detrás. Y una voz seria, casi de adulto, le preguntó:

—¿Qué haces?

Geréb miró hacia atrás. Tenía a Boka a su espalda.

—¿Qué haces? —preguntó este de nuevo.

Le lanzó una mirada seria y tranquila. Geréb gruñó algo, como un león que mira a los ojos al domador. Se amilanó. Se puso el sombrero y se encogió de hombros.

Boka dijo en voz baja:

—No hagas daño a este hombre. La valentía me gusta, pero esto no tiene ningún sentido. ¡Ven!

Y le tendió la mano. Esta estaba llena de tinta. El tintero había ido soltando alegremente el oscuro líquido en su bolsillo, y Boka, sin darse cuenta de nada, sacó la mano de allí. Pero no importó. Boka pasó la mano por el muro, con la consecuencia de que el muro se manchó de tinta pero la mano de Boka no se limpió. Con esto, sin embargo, se daba por concluido el asunto de la tinta. Boka agarró a Geréb del brazo, y ambos echaron

a andar por la larga calle. Atrás quedó Csele, el guapito. Aún lo oyeron dirigirse al italiano con voz apagada, con la triste resignación del revolucionario derrotado:

—Pues si a partir de ahora todo vale dos céntimos, pues deme usted por dos céntimos *halvá*.

Incluso lo vieron hurgar en su elegante monederito de color verde. El italiano se sonrió y a buen seguro se preguntó qué pasaría si a partir del día siguiente lo vendía todo... a tres céntimos la unidad. Pero eso era un sueño. Como si alguien soñara que un forinto equivalía a cien. Dio un buen golpe con el hacha en el *halvá* y puso la astilla que se desprendió en un papel.

Csele lo miró con amargura.

—¡Pero si es menos que antes!

El éxito comercial había hecho perder la vergüenza al italiano. Dijo con una sonrisa:

—Pues sí, ahora es más caro y además es menos.

Y se volvió hacia el siguiente cliente que, aleccionado por este caso, tenía ya los dos céntimos preparados en la mano. Y cortaba la masa de azúcar blanco con unos movimientos extraños, como si fuese el verdugo gigante de alguna leyenda medieval que con un hachita de un palmo desmochaba a unos hombres diminutos cuyas cabezas tenían el tamaño de una ave llana. Parecía sentir un placer sanguinario cortando el *halvá*.

—Es horroroso —dijo Csele al otro cliente—, ¡no le compre! Es un usurero.

Y se metió en la boca el trozo entero de *halvá*, al que se le había adherido el papel; no se podía despegar, pero sí lamer.

—¡Esperad! —gritó a Boka y a Geréb, y corrió tras ellos.

Los alcanzó en la esquina, doblaron a la calle Pipa rumbo a la calle Soroksár. Iban los tres del brazo, Boka en el centro,

explicando algo en voz baja y tono grave como siempre. Tenía catorce años, y su rostro mostraba pocos rasgos de la edad adulta. Al hablar, sin embargo, ganaba unos cuantos años. Su voz era profunda, seria y melosa. Y sus palabras eran como su voz. Pocas veces decía estupideces y no mostraba ninguna inclinación hacia las travesuras. No intervenía en las pequeñas peleas y se escaqueaba cuando lo llamaban para hacer de árbitro. Había aprendido que una de las partes siempre se marcha amargada después de la sentencia y achaca su amargura al juez. No obstante, cuando el problema iba a más y la riña alcanzaba dimensiones que requerían casi la intervención de un profesor, Boka tomaba cartas en el asunto para poner paz. Y nadie se enfada con el pacificador. De manera que Boka parecía un muchacho listo y empezaba su andadura como alguien que, aunque no llegara lejos en la vida, se revelaría como un hombre honesto.

El camino a casa exigía dejar atrás la calle Soroksár y doblar a la calle Köztelek. El sol primaveral brillaba con dulzura en aquella tranquila callecita, y se oía el ligero zumbido de la fábrica de tabaco que bordeaba una de las aceras. Sólo se veía a dos personas. Estaban por la mitad de la calle y esperaban.

Uno era Csónakos, el fuerte; el otro, el rubiecito Nemecek.

Al ver a los tres muchachos que acudían del brazo, Csónakos, contento, se llevó dos dedos a la boca y silbó con una fuerza tal que parecía una locomotora de vapor. El silbido era, por cierto, su especialidad. Nadie sabía imitarlo en la cuarta clase del instituto; es más, en todo el colegio sólo unos pocos eran capaces de entender cómo funcionaba ese chiflido de cochero. Quizá solamente Cinder, el presidente del círculo de lectura, sabía silbar como él, pero dejó de hacerlo tan pronto

como fue nombrado presidente. A partir de entonces no se llevó nunca más los dedos a la boca. No convenía a un presidente del círculo de lectura que se sentaba todos los miércoles por la tarde junto al profesor de húngaro en la cátedra.

Csónakos soltó, pues, un chiflido. Los muchachos llegaron al punto donde estaba y se quedaron todos juntos en medio de la calle.

Csónakos se volvió hacia el rubiecito Nemeček.

—¿A ellos no se lo has contado todavía?

—No —respondió Nemeček.

Los demás preguntaron todos a la vez:

—¿Qué?

Csónakos respondió en lugar del pequeño rubio:

—Ayer volvieron a decir *einstand* en el Musío.

—¿Quiénes?

—Pues los Pásztor. Los dos.

Se produjo entonces un enorme silencio.

Para esto hay que saber lo que significa *einstand*. Es una palabra peculiar utilizada por los niños de Pest. Cuando un muchacho más fuerte ve a uno más débil jugar a canicas o a otra cosa y desea quitarle el juego, le dice: *einstand*. Esta fea palabra alemana quiere decir que el fuerte considera la canica un botín de guerra y está dispuesto a utilizar la fuerza si el otro se atreve a oponer resistencia. Por tanto, *einstand* es también una declaración de guerra. Es al mismo tiempo el anuncio breve pero sustancioso del estado de emergencia, de la aplicación de la fuerza, de la ley del más fuerte y del gobierno del bandidaje.

Csele fue el primero en hablar. Él, el finolis, reaccionó espantado:

—¿Dijeron *einstand*?

—Pues sí —dijo el pequeño Nemeček, envalentonado al ver que el asunto había surtido tan profundo efecto.

Entonces fue Geréb el que estalló:

—¡Esto no se puede seguir tolerando! Llevo mucho tiempo diciendo que hay que hacer algo, pero Boka siempre hace una mueca de disgusto. Si no hacemos nada, acabarán pegándonos.

Csónakos se llevó los dos dedos a la boca, en señal de que se disponía a chiflar de alegría. Siempre se mostraba dispuesto a sumarse alegremente a cualquier revolución. Pero Boka le agarró las manos.

—¡No me ensordezcas! —le espetó. Y con tono serio preguntó al rubiecito—: ¿Y cómo pasó?

—¿El *einstand*?

—Pues sí. Para empezar, ¿cuándo?

—Ayer por la tarde.

—¿Y dónde?

—En el Musío.

Así llamaban a los jardines del Museo.

—Cuéntamelo tal como ocurrió, pero exactamente, porque tenemos que conocer la verdad para actuar contra ellos...

El pequeño Nemeček se mostró nervioso al darse cuenta de que se había convertido en el centro de algo importante. Pocas veces le sucedía. Nemeček era transparente para todos. Como el número uno en las matemáticas, no dividía ni multiplicaba. Nadie se ocupaba de él, un muchachito insignificante, flaco y débil; quizá precisamente por eso, la persona idónea para convertirse en víctima. Comenzó a hablar, y los muchachos juntaron las cabezas.

—Ocurrió —dijo— que después de comer fuimos al Musío, Weisz y Richter y Kolnay y Barabás y yo. Primero quisimos jugar

a *méta* en la calle Esterházy,¹ pero la pelota pertenecía a los del instituto general y técnico, y no nos dejaron. Entonces Barabás dijo: «Vamos al Musío y juguemos a canicas junto al muro.» Y nos fuimos todos al Musío y empezamos a jugar a canicas junto al muro. Jugábamos a que cada uno tiraba una canica y si uno acertaba en una bola que ya estaba tirada, se quedaba con todas. Las íbamos tirando uno por uno, había unas diez canicas junto a la pared, dos de ellas de cristal. Y de repente Richter grita: «¡Se acabó, que vienen los Pásztor!» Pues sí, los Pásztor doblaban la esquina, las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, con una parsimonia que nos asustó. En vano éramos cinco, pues ambos tenían tal fuerza que podían apalear hasta a diez. Y a nosotros tampoco se nos podía contar como cinco, porque Kolnay huye corriendo cada vez que se presenta algún problema, y Barabás también huye, así que a lo sumo se nos podía tener por tres. Y dado el caso yo también huyo corriendo, así que sólo se podía contar con dos. Y si nos marchábamos los cinco corriendo, tampoco servía de nada, porque los Pásztor, los mejores corredores del Musío, nos habrían alcanzado de todas maneras. O sea, que venían los Pásztor, se acercaban más y más y miraban las canicas. Le digo a Kolnay: «Oye, que a estos les gustan nuestras canicas.» Y Weisz fue el más listo porque enseguida dijo: «Que vienen, que vienen, y esto acabará en *einstand*.» Yo pensé que no nos harían daño, porque nosotros nunca los habíamos molestado. Al principio ni siquiera nos fastidiaron. Se pusieron allí y miraron el juego. Kolnay me su-

1. *Méta*: juego con bate y pelota que se jugaba sobretodo en los colegios y se asemeja un poco al béisbol. (N. del t.)

surra al oído: «Oye, Nemecek, dejémoslo.» Y yo le digo: «Claro, tú ya has tirado tu bola y no has acertado. Ahora me toca a mí. Si gano, terminamos.» Mientras, Richter hacía rodar su canica, pero como le temblaba la mano por el miedo, no dio en el blanco, claro. Y los Pásztor no se movían, seguían impávidos, las manos en los bolsillos. Y entonces hice rodar mi canica y acerté. Había ganado todas las canicas. Iba a recogerlas, unas treinta bolas en total, cuando uno de los Pásztor, el más pequeño, se me planta delante y me grita: «¡*Einstand!*!» Miré para atrás: Kolnay y Barabás ya huían, Weisz estaba pegado a la pared, blanco como esta, y Richter reflexionaba sobre si había de largarse corriendo o no. Primero lo probé por la vía honesta. Les dije: «Por favor, no tenéis derecho.» Para entonces, el mayor de los Pásztor estaba ya recogiendo las canicas y metiéndoselas en el bolsillo. El pequeño me agarró del abrigo a la altura del pecho y me gritó: «¿No te has enterado de que es *einstand*?» Entonces ya no dije nada, claro. Weisz se puso a lloriquear junto al muro. Y Kolnay y Kende espiaban desde la esquina del Musío, ansiosos por saber qué pasaría. Los Pásztor recogieron todas las canicas sin decir palabra y se marcharon. Allí se acabó.

—¡Inaudito! —exclamó indignado Geréb.

—¡Un auténtico robo!

Eran las palabras de Csele. Csónakos soltó un silbido, en señal de que el aire estaba cargado de pólvora. Boka guardaba silencio y reflexionaba. Todos lo miraron a él. Querían saber la opinión de Boka respecto a una situación que provocaba desde hacía meses las quejas de todo el mundo, pero que hasta entonces él no se había tomado en serio. Sin embargo, la injusticia de este caso, que clamaba al cielo, irritó incluso a Boka.

Habló en voz baja:

—Pues ahora nos vamos a almorzar. Y por la tarde nos encontramos en el terreno. Allí lo hablamos todo. Ahora yo también opino que este asunto es inaudito.

Todos se quedaron encantados con su declaración. Boka les pareció simpaticísimo en ese momento. Los muchachos lo miraron con afecto, contemplaron sonriendo su inteligente cabecita, sus radiantes ojos negros en los que ardía un fuego combativo. Habrían querido besar a Boka, que por fin se había indignado.

Echaron a andar rumbo a casa. Una festiva campana sonaba en algún lugar del barrio de Józsefváros, lucía el sol, y era todo hermoso, todo alegría. Los muchachos se hallaban frente a grandes cosas. Se encendió en ellos el deseo de actuar, y estaban ansiosos por saber qué pasaría. Porque si Boka decía que algo tenía que ocurrir, iba a ocurrir, ¡seguro!

Caminaron rumbo a la avenida Üllői. Csónakos se quedó rezagado con Nemecek. Cuando Boka se volvió hacia atrás para ver qué hacían, los vio ante una de las ventanas del sótano de la tabacalera, sobre la que se había depositado una capa gruesa y amarilla de fino polvo de tabaco.

—¡*Tubaco!* —exclamó contento Csónakos, y volvió a chiflar y se llenó la nariz de ese polvo amarillo.

Nemecek, el monito, se rió de todo corazón. Él también cogió una pizca con la punta del dedo meñique y la aspiró. Estornudando se fueron ambos por la calle Köztelek, contentos por el descubrimiento. Csónakos soltaba grandes y atronadores estornudos, como un cañón. Los del pequeño rubio eran delicados, como los de un conejillo de Indias cuando lo molestan. Y no paraban de estornudar, de reír, de correr, y era tan enorme su regocijo que incluso se olvidaron de aquella enorme injusticia que hasta el propio Boka, el silencioso y serio Boka, había definido como inaudita.